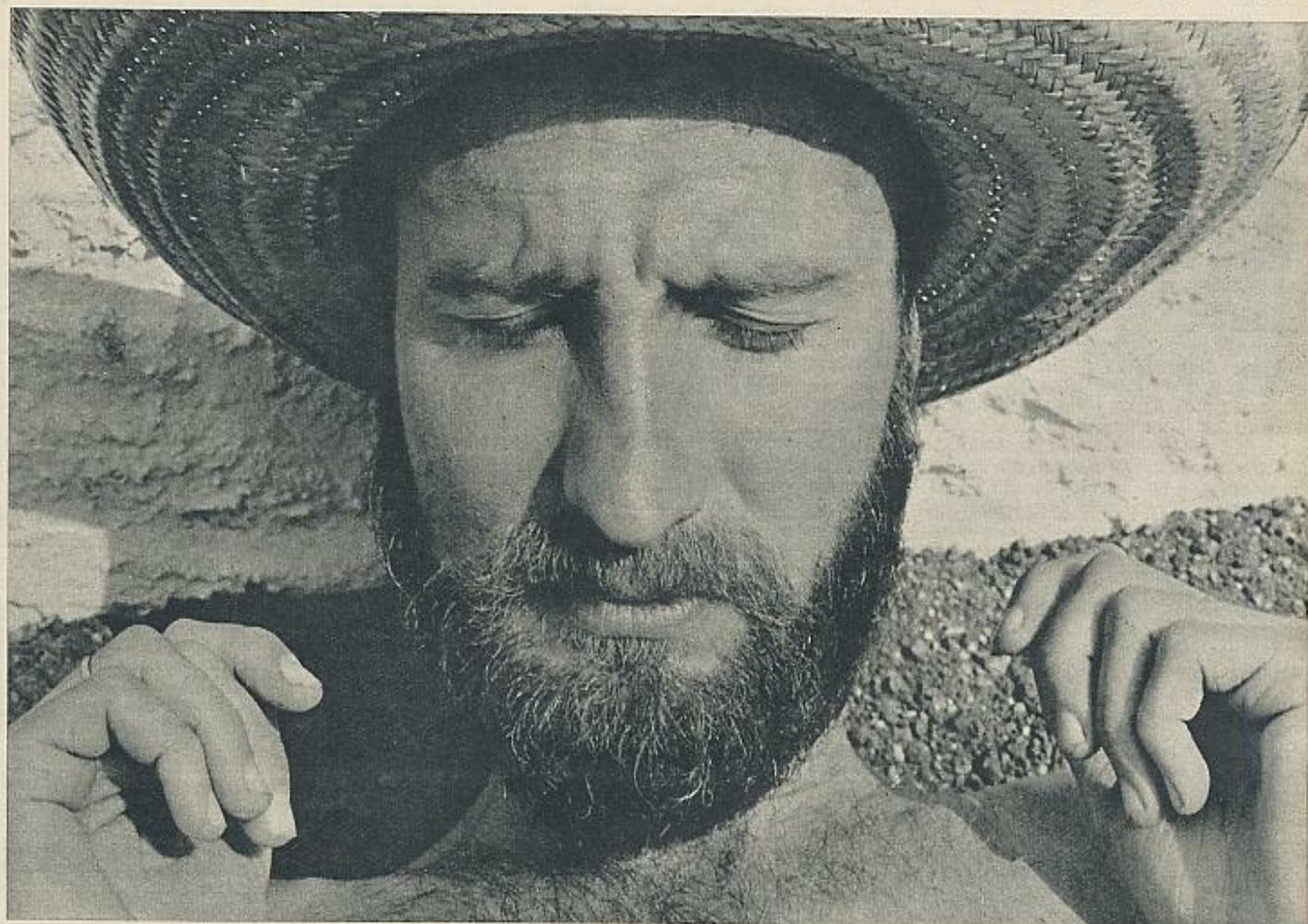


EN LA MUERTE DE MANOLO MI



HACE nada más que semana y media, Manolo Millares, con los suyos, estaba aquí, conmigo y con los míos, en estas tierras montesinas próximas al nacimiento del Duero y del Arlanza. Puede que el lector recuerde mi crónica anterior. En ella hablaba yo de «convalecencia» y otras palabras esperanzadoras. Pero no. Esas eran las palabras que tenía que leer Manolo sin que sobresaltarán su placidez de aquellos días. Sin embargo, muchos conocíamos ya la proximidad de su fin. Es triste estar hablando con un amigo, del que se sabe que sus días están contados. Ayer, pocos minutos más tarde de que Manolo Millares hubiera muerto, nos llamaron Antonio Saura y Alberto Portera para darnos la noticia. Teníamos que avisarle, además, a Eva, la hija de Manolo, once años, que estaba aquí con nosotros. Afortunadamente para nosotros, Eva ya estaba advertida por su madre, y bien que lo adivinábamos nosotros en ese

fondo de tristeza con que la niña aceptaba todos los juegos y todas las risas.

Ahora que me acuerdo... Pero no. No voy a evocar los momentos de Manolo en los que, hablando íntimamente, él adivinaba algo así como su muerte prematura. Es fácil decir eso en los momentos solemnes, pero quienes le conocieron bien saben que no me invento nada arbitrario si digo ahora que Millares, personaje ya de por sí extrañamente unamuniano, tenía, por lo menos, un «sentimiento trágico de la vida». Muy poco o nada de su vida podría justificarlo, pero, por lo que sea, él podría afirmar, como en el verso de Garcilaso, que no podrían quitarle «un dolorido sentir». Lo prodigioso de él es que, siendo eso el principal ingrediente de su pintura, luego, cuando salían de sus manos esas obras, se convertían en algo lleno de una gran belleza.

Por eso, entre otras cosas, yo consideraba, y así lo dejé escrito más de una vez, que la obra de Manolo Millares tomaba su fuerza

de su propia contradicción nunca resuelta. Sin embargo, para mí, el factor decisivo de esa dialéctica en que se fundaba la verdad de la pintura de Manolo Millares era el choque entre las dos fuerzas estéticas que informaban su vida de pintor. De una parte, la belleza: la belleza tal cual son capaces de entenderla hasta los académicos —esa gente que nunca entiende nada—, la belleza tradicional y establecida; la belleza antigua... Y de otra parte, la expresividad, la garra dolorosa de la realidad, que por definición está reñida con la armonía y, por tanto, con la belleza.

Manolo Millares —y ese era uno de los factores de su arqueologismo— amaba la belleza antigua: estaba enamorado de ella. Pero no la aceptaba sin condiciones, porque, como he dicho en alguna ocasión refiriéndome a su obra, esa belleza es colaboracionista: Había pactado demasiado con los frontones áulicos, con las exaltaciones victoriosas y con las glorias sospechosas. Esa belleza era la coar-

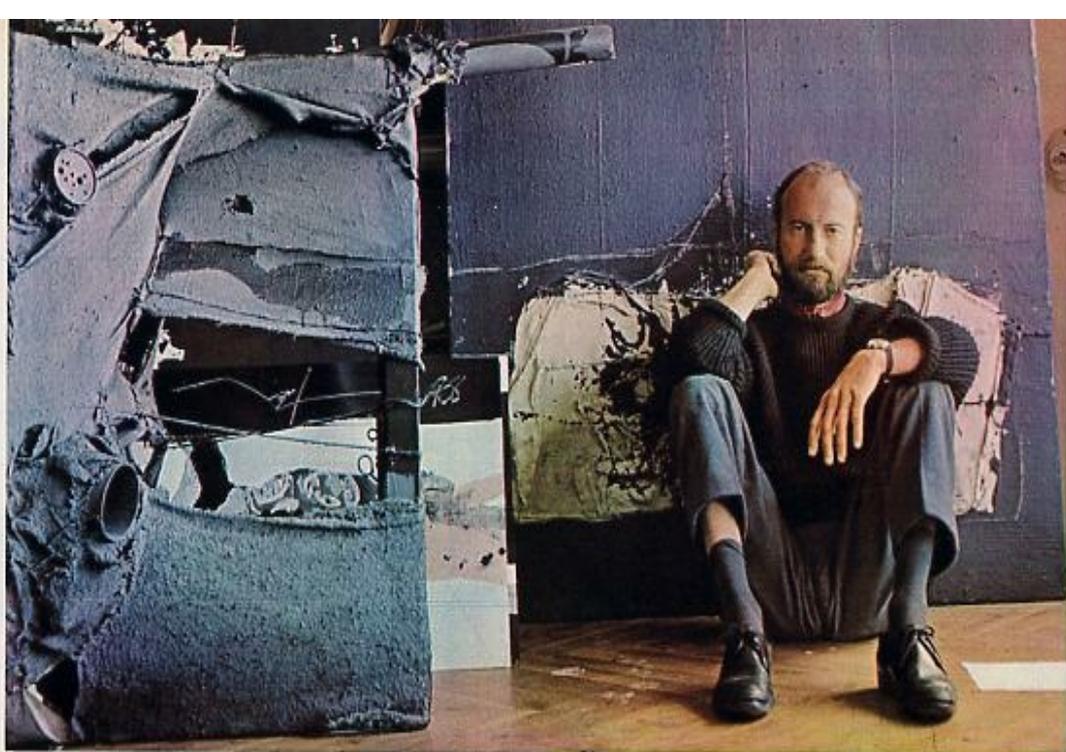
tada de muchas actitudes no precisamente bellas. Manolo la combatió desde su propio amor, y ese amor y ese combate decidían su pintura...

Amaba la belleza, pero también la vida, de la cual tenía, como sabemos los que le conocíamos, «un sentimiento trágico». Y la inteligencia... Cuando Millares, en su obra, expresaba lo contrario de lo que amaba, quería decirnos precisamente aquello que combatía. Su manifiesto en favor de la inteligencia, su «viva la inteligencia», era precisamente «el homúnculo» —o «el homínido»: lo que es malo precisamente porque no es inteligente—. De la misma manera, cuando pintaba con la esquinada arista de la tragedia, él manifestaba permanentemente su amor a la vida...

Anoche, a última hora, me llamó Gastón Orellana, todo exaltado, para darme la noticia, que ya conocía, y para preguntarme si con tal motivo voy a ir a Madrid. No: no voy a ir a Madrid. ¿Para qué, ahora? No quiero asistir a ese homenaje póstumo que es el entierro.

MILLARES

Su manifiesto en favor de la inteligencia, su «viva la inteligencia», era precisamente «el homúnculo». De la misma manera, cuando pintaba con la esquinada arista de la tragedia, él manifestaba permanentemente su amor a la vida. Amaba la belleza antigua, pero no la aceptaba sin condiciones porque, esa belleza es colaboracionista.



Pero, privadamente, voy a hacerle yo mi propio homenaje a Manolo Millares. Me voy a Santillana del Mar, ahora mismo. Me iré a la «Torre del Merino» con la pintura joven. Y luego, a la Cueva de Altamira con la pintura más vieja del mundo...

Sí: ahora que me acuerdo... Manolo Millares y yo teníamos en proyecto un trabajo en común, en colaboración con «Pelaires», de Palma de Mallorca. Iba a ser un cuaderno literario, con grabados, cuyo título iba a ser «Manifiesto conservador». Los conservadores éramos Manolo y yo. Y éramos conservadores precisamente porque éramos, sea como sea, revolucionarios. La tesis del «manifiesto» consistiría en demostrar, si era posible, que sólo los revolucionarios están capacitados para conservar lo que verdaderamente importa: la tradición y los recuerdos. Los otros, los que se consideran guardadores de la tradición, no conservan nada o sólo conservan una cosa: sus privilegios. Me voy a Santillana. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.